

EDITORIAL

La siguiente reflexión se enmarca en un contexto complejo, enmarañado y alarmante: un planeta en crisis, en una crisis verdaderamente inédita. Demográfica, ecológica, sanitaria, política, económica... en una palabra, una crisis humanitaria global sin precedentes que pone en riesgo no solo el bienestar de todos, sino la supervivencia de millones.

Y en este marco inestable y de difícil caracterización emerge la Salud Mental como novedosa prioridad de agenda, catapultada por la pandemia, al menos en el plano de la enunciación. De la enunciación de quienes ejercen o pretenden ejercer la representación política de la sociedad.

¿Qué nos cabe a quienes ejercemos, enseñamos y comunicamos en Salud Mental? Esa es la pregunta que nos hacemos en este texto editorial, escrito al compás de la misma crisis.

¿Qué es “salud mental”, en primer lugar? La respuesta es, también, compleja. Salud mental es tanto la salud mental individual como la colectiva; en el primer caso se escribe con minúscula y en el segundo con mayúscula (Salud Mental), y pertenece al terreno sanitario, es decir, a las políticas estatales diseñadas para prevenir y tratar a la población toda. En este sentido, nos manifestamos partidarios de la incorporación del constructo “Salud Mental Pública” tal como se utiliza en inglés (*Public Mental Health*) para diferenciarla de la noción individual, clínica y asistencial y acercarla al terreno de la Salud Pública, brazo sanitario de la equidad social.

Pero “salud mental” es también un campo multidisciplinar en el que convergen profesiones, saberes y prácticas de muy diverso origen que incluyen no solo a las profesiones involucradas, sino a las tradiciones culturales y a las asociaciones de usuarios y de familiares de usuarios. En este sentido, “salud mental” es un terreno rico de intercambio, de polémica y de construcción colectiva.

Por último, “salud mental” es también un hilo conductor que permite analizar el ángulo humano (tan biológico como cultural) de cualquier aspecto, momento e instancia del acontecer vital. Actitudes frente a la muerte, violencia de género, efecto del calentamiento global en el bienestar, nuevas configuraciones familiares, crisis vitales, las nuevas formas de los vínculos amorosos, la amistad, la solidaridad, el individualismo, la felicidad, las narraciones que nos contienen, la esperanza, la construcción de proyectos y de futuro (o la ausencia de esta construcción).

En este último sentido, pero considerando e incluyendo a todos los anteriores, quienes trabajamos en este multideterminado campo tenemos algo que decir en épocas aciagas como las que describimos al inicio. Y lo que tenemos que decir es simple de enunciar pero difícil de plasmar: no existe salud mental posible en un contexto generalizado de inequidad y de sufrimiento colectivo producido por un orden inaceptable que altera de un modo radical el contrato social. No existe salud mental sin equidad, sin cooperación y solidaridad, sin amor por las diferencias y sin la posibilidad de construcción de una narrativa de futuro que nos incluya a todos y a todas en un proyecto deseable y posible.





EDITORIAL

Años de discusiones sobre *natura versus nurtura*, mente y cuerpo, cerebro y mente, clasificaciones categoriales o dimensionales, internaciones o salud mental comunitaria, teoría o práctica, naufragan frente a una realidad que nos golpea a todos en plena cara: las condiciones vitales en las que se desarrollan nuestras existencias han dejado de ser compatibles con una noción mínima de dignidad. No podemos continuar contentándonos con nuestras discusiones clásicas, que poco a poco van adquiriendo un carácter abstracto, solipsista y extemporáneo. Mientras tanto, la epidemiología del sufrimiento mental escala a niveles insospechados frente a los cuales la clásica noción de “determinantes sociales” empalidece y resulta insuficiente.

Es hora de regresar a la construcción de teoría, a la discusión acerca de las prácticas y a la participación en la arena política. Sin una profunda discusión sobre los modos de vincularnos, de organizarnos y de cuidarnos los unos a los otros no habrá noción de salud mental que se sostenga.

La hora nos reclama profundas reformulaciones y nuevos e intensos compromisos.

Santiago Levin

